

LA EDUCACIÓN BENEDICTINA

**“LO QUE HEMOS RECIBIDO DE LOS NIÑOS, SE LO ENTREGAMOS:
NUESTRO PASADO Y NUESTRO FUTURO EN EL HOY DE LA
EDUCACIÓN BENEDICTINA”¹**

Fernando Rivas, OSB²

1. Introducción: la sabiduría como modo de vida

La educación es un tema y una realidad central dentro de la tradición de san Benito. Como señalaba el monje G. Penco, la palabra “*schola*” que san Benito sólo usa una vez en la *Regla*, y que aparece en un texto copiado de otra regla, contradice las normas de la exégesis actual. Por un lado, esta palabra parece no interesar mucho a san Benito (solo lo menciona una vez y en un texto copiado), y por el otro, se trata de una de las realidades que más trascendencia tuvo por el impacto en el mundo occidental de los monasterios como escuelas dedicadas a la educación. Esto nos

¹ Disertación pronunciada en la 9ª Conferencia Mundial de Educadores Benedictinos. 11-15 de octubre 2023, Río de Janeiro, Brasil.

² Abad emérito de la Abadía de San Benito (Luján, Pcia. de Buenos Aires, Argentina).

muestra, sigue diciendo Penco: que una realidad, una planta, se la puede conocer gracias a sus raíces (exégesis actual), pero también gracias a su tronco y también gracias a sus frutos. La educación es el lazo entre las generaciones y, tratándose de transmitir la Fe, educar significa dar la vida: basta pensar cómo el apóstol Pablo formaba y conducía las distintas iglesias. Desde siempre él supo que formar era dar la vida, no simplemente transmitir un mensaje. Y cuando dio su vida en Roma sabía que, de ese modo, no sólo su palabra viviría en sus discípulos, sino también él mismo. Hemos recibido una vida de nuestros predecesores y nosotros la transmitimos a los que vienen. No transmitimos informaciones. Si creemos que sólo hemos recibido “formación”, transmitiremos contenidos. Si nos damos cuenta de que hemos recibido una vida, entonces daremos nuestra vida para que vivan las próximas generaciones.

Ahora bien, si san Benito tiene la intención de fundar una escuela dentro de un mundo romano cargado de riquezas formativas (el mismo Papa Gregorio frecuentó las escuelas romanas), es por algún motivo, con alguna intención particular. San Gregorio, al comenzar la Vida de san Benito, dice:

“Nacido de una familia libre de la región de Nursia, fue enviado a Roma para estudiar las ciencias liberales. Pero al ver que en este estudio muchos se dejaban arrastrar por la pendiente de los vicios, retiró el pie que casi había puesto en el umbral del mundo, temiendo que, al adquirir un poco de su ciencia, también él fuera a caer por completo en un precipicio sin fondo. Abandonó por eso los estudios de las letras y dejó la casa y los bienes de su padre y deseando agradar solo a Dios, buscó la observancia de una vida santa (*Deo placere desiderans, sanctae conversationis*). Así se retiró, ignorante a sabiendas y sabiamente indocto”.

Lo que el Papa Gregorio está diciendo con este relato es fundamental: la verdadera formación o *paideia* de la persona no es un proceso de “adquisición de ciencia”, de cosas, que pueda hacer abstracción del modo de vivir. En cualquier proceso formativo, aunque se trate sólo de estudios técnicos, siempre se está transmitiendo un modo de vivir, sea el correcto o sea errado, y eso es independiente del contenido transmitido. La formación se transmite con todo un modo de vivir. Significa también que el vivir de una institución, de un profesor, forma hábitos en los que asisten más allá de los textos estudiados, que permitirán al discípulo seguir creciendo en sabiduría porque tiene incorporados en su vida los “instrumentos” que recibió en la *paideia* como forma de vida. Todos recordamos siempre algún gran profesor que tuvimos, y no necesariamente por dar un curso interesante o ser el mejor. Pero era una gran persona. De ello se desprende que el centro del proceso de la *paideia* se encuentra, primero, en el formador y su vida, su madurez humana y en Cristo, y luego en el formando, niño, adolescente. La formación es la transmisión de algo que se es, no que se sabe. Y esto no es sólo para una institución educativa, también es para un monasterio. Un monasterio puede seguir ofreciendo una “*paideia*” errónea a sus monjes, aun ocupándose muy bien de los estudios, y eso hará que se vivan realidades paralelas: por un lado, una excelencia formativa, y por otra parte una ausencia de lo específicamente cristiano y benedictino de la formación. El monje, el formador, asume el papel del funcionario, de especialista en transmitir cosas, nada más. Por eso la preocupación de san Benito por una buena formación para el que viene al monasterio empieza ya desde la Portería del monasterio, donde quiere que haya un monje sabio y temeroso de Dios..., como también en el noviciado: debe

haber una persona (*senior*) que sepa “ganar almas”. Los primeros mensajes de la institución formativa son los principales en el proceso formativo, en la *paideia* benedictina. Esto nos muestra también que sólo puede educar quien ha avanzado ya por el camino de la *paideia*... y sigue en ella.

La educación, la formación se transmite con todo un modo de vida. Una forma de vida, como un libro, como señalaba el estudioso Pierre Hadot³, siempre nos hace realizar un “un ejercicio espiritual”, aunque no nos demos cuenta. La lectura cotidiana del periódico nos enseña a leer con “su método” cómo es la vida. Leer un libro, seguir un plan de estudios, seguir a un maestro, lleva a realizar un ejercicio espiritual que es adquirir el modo de ver del otro. Y estos procesos espirituales se incorporan más profundamente que los simples conceptos.

Esto significa que, para san Benito, la enseñanza y la más rica formación (*paideia*) es la que se recibe por la experiencia de vida, como insistirá san Bernardo al comentar “Los Grados de Humildad y Orgullo”, y eso significa que es concreta. La formación que viene de la abstracción que realizan los libros que generalizan todo, se termina en pocos años. En cambio, aprender a leer en la vida, aprender a conocerse a sí mismo y a Cristo, como dice Bernardo, a través de la experiencia de vida real, y no de libros, implica una escuela de vida que sólo la puede transmitir quien la posee. Tal vez esta sea la primera característica fundamental de la *paideia* que viene del monasterio: la formación se basa sobre lo concreto y su adquisición implica más

³ P. HADOT, “Ejercicios espirituales y filosofía antigua”, Madrid 2006, 23 ss.

adquirir un método, un modo de vivir y mirar, que nos permite leer la presencia y el obrar de Cristo en nuestras vidas, a cada paso, en cada momento, en modo concreto, como nos muestran las Escrituras, y eso será un capital para toda la vida y que se podrá transmitir a los otros. Al respecto decía R. Guardini:

“Una segunda pauta (para conocer a Dios) podría ser la propia vida personal. Lo pobre que es nuestra cultura religiosa puede resultarnos espantosamente claro si nos damos cuenta de lo poco ejercitados que estamos en comprender a Dios desde nuestra propia vida, es decir, esta vida que toma su guía de Él. La existencia cristiana debería significar también que nos sostenemos no sólo por la convicción teórica, sino por la conciencia viva de que Él guía nuestras vidas. Pero entonces cada acontecimiento contendría una automanifestación de Dios y, de ese modo, un conocimiento de nosotros mismos. En base a esto podríamos decir: yo nací así y así, mi vida tiene este determinado curso. Entonces: así es Dios, como debe ser, si han de ser posibles realidades como yo y esta existencia mía. De ahí surge la pregunta: entonces, ¿quién es Él y cómo es Él? Evidentemente, esta pregunta requiere una gran cautela, una honestidad vigilante, una humildad sincera y el sentimiento de un auténtico arrepentimiento. Pues debo mantener la conciencia de aquel factor que continuamente se entromete en la confusión y oculta la providencia de Dios, a saber, mi propia maldad. Sin embargo, la pregunta es exacta y necesaria, pues en ella se cumple la comprensión de Dios desde la autocomprensión del hombre y viceversa”⁴.

Cuando la *paideia* nos permite leer la presencia de Cristo en nuestras historias, en nuestras vidas y en nuestro presente, como dice Guardini, no sólo nos conocemos a nosotros mismos, sino también

⁴ R. Guardini: “La aceptación de sí mismo”, Madrid 1968. Anexo final. Lo mismo enseña san Basilio Magno en su famosa y larga homilía “Attende tibi ipsi”.

a Cristo, a Dios. El estudio de los manuales de espiritualidad o de teología son secundarios, ayudas para alcanzar esto primero que señala Guardini. Si no se llega a eso, la formación ha tocado objetos, pero no sujetos.

Aquí nos encontramos con una realidad crucial: la familia. Es ella la que forma con un estilo de vida. Sin embargo, por distintos motivos (crisis, ausencias, desinterés, etc.), son muy pocos los casos en que los padres asumen la vida familiar como un proceso de formación. Suele ser lo contrario: en la familia se viven problemas, conflictos, crisis que los mismos padres no pueden explicar ni pueden ayudar a que los hijos los afronten. Por eso las respuestas vienen de afuera, buenas o malas. Es la escuela la que lo puede ayudar en este proceso, si verdaderamente está interesada en ello. La escuela es el lugar donde el niño busca lo que no encuentra en su familia, principalmente en las figuras del padre y de la madre... y los hermanos. Y eso, un buen formador, lo debe intuir y saber cómo enfrentarlo. En este campo su formación debe ser permanente, comenzando por conocerse a sí mismo y su propia historia vivida. No se trata simplemente de dar una formación religiosa. La escuela benedictina enseña a “vivir” las realidades centrales de la vida, no llena sólo de información al niño y al joven. Sin embargo, a la luz del evangelio, es necesario conocer cuáles son esas realidades fundamentales que implican un modo de vivir. Y, tal vez, una de las más características es la oración. Ella suele no existir en la vida familiar. Sin embargo, en la tradición benedictina, más que enseñar a orar se trata de saber unir oración-vida y ver cómo las realidades del mundo toman una nueva luz por la oración.

Un ejemplo característico de la “escuela benedictina monástica” es la forma de tomar las comidas. En las escuelas donde los alumnos participan en comidas, este puede ser un momento crucial para descubrir el valor

eucarístico que les da san Benito, siguiendo los evangelios. No sólo se da en el marco de la oración (en cierto sentido, elemental) sino en el contexto eucarístico del “servicio”. Cristo lava los pies a los discípulos (Jn 13) y sirve la Mesa (Lc 22). Estos gestos eucarísticos, que para Cristo significan “dar vida con lo que se come”, no siempre se acompaña con las actitudes concretas: no son los padres ni los maestros u oficiales del Colegio quienes sirven la mesa, sino empleados pagados o los que lo hacen por haberse portado mal. Vemos cómo se invierte todo el planteo evangélico y benedictino: servir es algo que degrada, el que sirve es menos y, por otra parte, se pierde el sentido de que los que están sentados, los niños y los jóvenes, son aquellos a quienes la escuela sirve, son ellos los que cuentan, los que valen. Hoy día el mensaje evangélico y benedictino, en esta realidad de la vida, está totalmente invertido y eso enseñamos a nuestros jóvenes.

Como se acostumbra a decir hoy día: la creatividad para generar estos “estilos de vida”, que siempre quedarán en la memoria del alumno, es fundamental. Y ello también para otras realidades que generen hábitos de ver y de vivir. Es muy impresionante ver cómo la educación ecológica en las escuelas lleva a que los niños “formen” a sus padres en conductas correctas, señalando cómo comportarse con los residuos, el uso del agua, etc. Lo mismo puede darse con las conductas de vida cristiana y benedictinas. Pero es necesario descubrirlas y encontrar el modo. Educar en la Fe no es enseñar nuevos contenidos que se suman a los que se dan en las aulas. Es enseñar cómo vivir esas realidades de cada día, de todo momento, de un modo cristiano⁵.

⁵ Sería un buen trabajo práctico señalar cuáles pueden ser en la Regla y la tradición benedictina esas “prácticas” que generan disposiciones de vida que se conservan a lo largo de la vida. Se dice que el c. 4 de la RB es un compendio de “ejercicios” que configuran cada uno la vida benedictina. Debe ser una enumeración práctica y concisa, aplicable en la vida de una institución y de un país, región, costumbres... Se cree que todo ese proyecto murió en torno al año 600.

La espiritualidad benedictina no busca imponer en el mundo y en la vida la presencia de Cristo. La espiritualidad benedictina y su *paideia* enseñan a descubrir esa presencia de Cristo en todas las cosas y ponerlas de manifiesto. Esta fue una de las primeras convicciones de los monjes: todo está lleno de Cristo. En necesario reconocer su presencia y uno de los signos para reconocerlo es la Cruz.

Podríamos terminar este primer punto señalando un principio metodológico de la sabiduría monástica: “aprender a leer” significa reconocer que siempre que se lee un libro, que se vive un ritmo de vida, se está realizando un “ejercicio espiritual” que modela y estructura nuestra vida desde sus inicios, sea Harry Potter o sean las Sagradas Escrituras, o el modo de hacer las comidas. No sólo se reciben conceptos, se recibe un estilo y modo de vivir y de leer la realidad.

Y un detalle que puede ser de utilidad en este proceso de formación es un género literario señalado por J. Leclercq como característico de la *paideia* monástica: la biografía y la hagiografía, y todo lo que se acerca a ello. Como Dios siempre se revela en concreto, y así lo vemos en las Escrituras, toca personas y situaciones. Por eso, tanto las Escrituras como la hagiografía, presentan una unidad total entre teología y vida por medio de los “ejemplos”, que son los que acercan al mensaje del evangelio. Los “ejemplos”, tanto leídos como vividos y vistos en la escuela, son lo más importante que una generación transmite a la otra. Cristo termina el lavado de los pies de los apóstoles diciéndoles: “he hecho esto para darles ejemplo, para que también ustedes se laven los pies unos a otros” (Jn 13,4 ss.). La vida de Cristo continúa presente en aquel que imita sus ejemplos, la tradición recibida.

Por otra parte, como insiste el Papa Francisco, en los ejemplos vemos que entra en juego la carne de Cristo. La Fe cristiana como conjunto de ideas, creencias, dogmas, la puede transmitir un libro y se puede transformar en un nuevo gnosticismo (*Evangelii gaudium* 94; *Gaudete et exultate* 36-46). La formación que hoy falta no es la teórica, sino la práctica, el don de la vida.

2. San Benito y la nueva “*paideia*” monástica

Ahora bien, ¿en qué consiste la nueva *paideia* cristiana, asumida por los monjes? Indudablemente no es otra que la de Cristo. Sin embargo, como en todas las realidades que hacen a lo más profundo de la Fe, aunque son básicas deben ser continuamente repensadas en la Fe. Y señalo esto porque el gran maestro de la “*paideia* cristiana” sigue siendo Werner Jaeger y ha hecho confundir a muchas generaciones de formadores. En un curso de verano que dio en Harvard en 1960 decía que la nueva *paideia* cristiana era el intento de los primeros cristianos por armar un sistema universal de cosmovisión cristiana, un proyecto de síntesis cristiana de saber y Fe, tal como habían hecho primero las grandes culturas griegas y latinas⁶. Para eso buscó en los Padres de la Iglesia los textos donde tomaban citas de los maestros de la *paideia* pagana y cómo buscaban “cristianizarlas”. Es decir, la *paideia* cristiana no fue otra cosa que bautizar el modelo pedagógico pagano y, en cierto modo, eso sigue hasta hoy. Y, en este sentido, la nueva *paideia* cristiana

⁶ W. JAEGER, “Cristianismo primitivo y *paideia* griega”, México 1985.

sería el intento de la Iglesia de dar a los bautizados una cultura marcada por el nombre de Cristo⁷. Antes estaba marcada por el nombre de las divinidades no cristianas.

Sin embargo, Jaeger olvidó que el principal referente para los Padres de la Iglesia para conocer qué es la *paideia* son las Escrituras y, particularmente en su versión griega, donde abunda de modo sorprendente el sustantivo “*paideia*”, el verbo “*paideuo*” y sus expresiones paralelas. Y lo primero que hay que decir es que los primeros cristianos encontraron una perfecta identidad entre la etimología de la palabra griega “*paideia*” (de donde viene “pedagogía”) y lo que dice de ella la Escritura: la *paideia* es el proceso por el cual Dios, como Padre, forma a sus hijos, así como formó a su Hijo amado hecho hombre, Cristo. Con ello queremos decir no tanto formar a un hijo, sino formar la figura de un hijo en cada persona. Y, para ello, basta leer los Evangelios.

Y, como señala Pierre Riché⁸, en los evangelios los monjes se encontraron con un Cristo niño: “quien recibe a uno de ellos, me recibe a mí” (Mt 18,1 ss.). Y, por eso, en medio de una sociedad pagana que despreciaba la condición de la niñez y que con su *paideia* buscaba formar adultos y desechaba los niños sin un futuro próspero, “los monjes descubren al niño” y lo salvan de su condena (especialmente si era mujer). De este modo los monjes saben que

⁷ Es importante saber que, contemporáneamente a san Benito, Casiodoro, fundó un monasterio en Calabria, llamado Vivarium, cuyo centro era el estudio y la copia de manuscritos. Indudablemente no era el mismo sentido de la *paideia* que buscaba san Benito.

⁸ P. RICHÉ, “Éducation et culture dans l’Occident barbare VI-VIII siècle”, Paris 1962-1995.

recibiendo a los niños en el monasterio reciben al verdadero Cristo, y ellos pasan a ser una constante interpelación a renovar la propia vida de todos los monjes, como fue para los apóstoles de Cristo. De este modo nos dice el Papa Gregorio que san Benito recibe a los niños Mauro y Plácido. Sin embargo, no era con el plan de formarlos y hacer de ellos adultos productivos y futuros abades que dirijan el monasterio, sino para formarlos como verdaderos “niños en Cristo”. En ellos el Papa Gregorio ve un modelo monástico que parece no encontrar en los monjes ya mayores, especialmente por la obediencia de Cristo fundada en la total confianza filial al Padre:

Vida de san Benito, VII. Cómo su discípulo caminó sobre las aguas

«1. Un día, mientras el venerable Benito estaba en su celda, el mencionado niño Plácido, monje del hombre santo, salió a sacar agua del lago y al sumergir descuidadamente en el agua el recipiente que llevaba consigo, se cayó tras él. La corriente lo arrastró en seguida y lo llevó agua adentro, casi a un tiro de flecha de la orilla. El hombre de Dios, desde su celda, se dio cuenta al instante de lo ocurrido. De inmediato llamó a Mauro, diciéndole: “¡Corre, hermano Mauro! Porque el niño que fue a sacar agua se cayó al lago y la corriente lo arrastra lejos”.

2. Pero ¡cosa admirable e insólita desde los tiempos del apóstol Pedro (cf. Mt 14,28 s.)! Después de pedir y recibir la bendición, Mauro se dirigió a toda prisa para cumplir la orden de su Padre. Y creyendo que caminaba por tierra firme, corrió sobre el agua hasta el lugar adonde la corriente había arrebatado al niño. Y agarrándolo por los cabellos, volvió también corriendo rápidamente. Apenas llegó a la orilla, vuelto en sí, miró hacia atrás y se dio cuenta de que había corrido sobre el agua y, admirado, se estremeció al ver como un hecho, lo que nunca se hubiera atrevido a hacer.

3. Cuando estuvo ante el Padre, le contó lo sucedido. Pero el hombre venerable Benito atribuyó esto no a sus propios méritos, sino a la obediencia del discípulo. Mauro, al contrario, sostenía que ello se debía sólo al mandato del Padre y que él no tenía parte en aquel prodigio porque lo había hecho inconscientemente. Pero en esta amistosa discusión de mutua humildad intervino como árbitro el niño que había sido salvado, diciendo: “Cuando me sacaban del agua, veía sobre mi cabeza la capucha del abad y observaba que era él quien me sacaba de las aguas”».

Aquello que ni el mismo apóstol Pedro había realizado, lo logra Mauro con su confianza y obediencia de niño y así el “*páís*” pasa a ser modelo de vida filial para todo monje.

Desde sus orígenes la vida monástica se identificó con una vida bautismal plena. Cuando la Iglesia asume el bautismo de niños es porque tiene delante de sus ojos la figura de Cristo-niño. Formar al hijo, al niño, es una meta de san Benito porque es la vida bautismal. Y, como vida bautismal, la figura del hijo y del niño nadie la tiene como posesión, ni un monje ni un formador. Por eso, para una formación benedictina y una *paideia* benedictina no se puede objetar la falta de monjes en los monasterios para ocuparse, ni argüir una ciencia especial que debe tener un “especialista” (sea espiritualidad, sea pedagogía). El único requisito es vivir la verdadera vida bautismal de niño uno mismo y reconocer cómo san Benito busca vivirla en plenitud, como filiación divina. Si se conserva un esquema formativo por el cual el formador sabe ya la “cosa” que debe transmitir al niño, que no sabe nada, entonces se pierde el horizonte. El primer sujeto de la *paideia* debería ser el formador, no el formando. Si él no es dócil ni está abierto a vivir el proceso de la *paideia* que le enseña y presenta el niño con su vida, será imposible ser formador, es decir, alguien que, con madurez, sabe seguir creciendo en la filiación divina y

sabe reconocerla presente en el niño para desarrollarla. El esquema del maestro detrás del pupitre o del profesor que ya sabe todo lo que deben aprender los niños es lo opuesto a la llamada actual del Papa Francisco a que haya “pastores con olor a oveja”, obispos que salen de detrás de los escritorios. Formadores “con olor a niño” es lo que puede garantizar la *paideia* benedictina, no la presencia de muchos monjes o grandes formadores con muchos doctorados. Es lo que el Papa llama “Iglesia en salida” (*Evangelii gaudium* 46).

Si el formador no está dispuesto también él a ser niño, sino que piensa que es él quien debe enseñar la *paideia* cristiana, caemos en el peligro de un esquema que, en los últimos decenios, ha llevado a todo tipo de “abuso”. “Yo impongo al otro lo que él no sabe ni es”. ¡Él no sabe! Soy yo quien le digo lo que debe ser y hacer... Los abusos de todo tipo... Eso es falso. Ser niño no se impone y tampoco es ajeno a lo que yo debo lograr. Y, por eso, la tarea principal en la *paideia* es escuchar, no imponer ideas u otras cosas que quiero que el niño haga.

San Benito pide oír a los niños cada vez que hay cosas importantes que tratar. Los mismos niños intervienen en cosas que hacen al gobierno del monasterio (aunque decida el abad). Y esos niños, como lo dice san Benito en el capítulo 63, son Samuel y Daniel. Y, paradójicamente, estos dos niños, cuando lograron ser escuchados por los adultos que los minusvaloraban, juzgaron a los ancianos de Israel! Pero para poder “escuchar” la voz de Dios en un niño, es necesaria también la Fe de un niño en quien escucha y desea recibir, tal vez no del niño, sino de Dios que habla a través de él.

De este modo podríamos decir, con una imagen evangélica, que lo propio de la *paideia* benedictina no está en lo que se da, en los contenidos que muchas veces son impuestos por el Estado, sino en el “modo” en que se lo vive. Es el modo el que da el sentido específico a la *paideia* benedictina. El Señor lo dijo así: “*Ustedes son*

la sal del mundo... y si la sal pierde su sabor...” (Mt 5,13). El mundo está y es como es. El que es como niño sabe vivirlo con esa sal que viene del Cristo-niño.

3. La *paideia* como relación filial

Clemente de Alejandría que, según Jaeger fue el gran maestro que buscó construir la nueva *paideia* cristiana como cultura, sin embargo, nos muestra el verdadero sentido de la *paideia* cristiana cuando, basándose en las Escrituras dice en su famoso libro llamado *Protréptico*:

«Podría citar innumerables textos de la Escritura, de la que “ni un signo pasará” sin que se cumpla, pues “es la boca del Señor”, el Espíritu Santo “que las ha proferido”. «No desprecies, pues, hijo mío, la “*paideia*” del Señor, y no te descorazonas por sus correcciones» (Pr 3,11; Hb 12,5). ¡Oh, qué gran filantropía, no es como un profesor (*didáskalos*) corrige a sus alumnos, o un maestro a sus servidores, o un dios a los hombres! ¡Es “como un padre cariñoso” (*Odisea* II, 47) que reprende a sus hijos! Moisés decía que “tenía pánico y temblaba” cuando oía hablar del “*Logos*”, ¿y ustedes escuchan al divino “*Logos*” mismo sin experimentar temor?... Vengan, vengan mis jóvenes amigos “porque si no se hacen como niños (*paidtai*) y no renacen” (cf. Mt 18,2), según la palabra de la Escritura, puede ser que no encuentren a aquél que es el Padre de ustedes, ni “entren en el Reino de los Cielos”. ¿Cómo, en efecto, va a dejar entrar a un extranjero? Pero pienso que, una vez inscrito y recibido como ciudadano y provisto de un padre, entrará a tomar posesión de los bienes del padre (cf. Lc 2,49), y será juzgado digno de la herencia, y participará del reino paternal con el mismo Hijo bien amado (cf. Mt 3,17). Es entonces la Iglesia de los recién nacidos, inscritos en el cielo, y celebrando sus fiestas con las

“miríadas de ángeles”. Somos niños recién nacidos, lactantes de Dios y verdaderos amigos del “primer nacido”...»⁹.

Es curioso cómo en Padres de la Iglesia como san Basilio, por el Bautismo somos hechos hijos del Padre porque hemos sido hechos amigos y hermanos de Cristo. Cuanto más nos configuramos con Cristo en su obediencia al Padre, más nos hacemos hijos del Padre. Es cierto, si vemos la *paideia* con estos ojos evangélicos y patrísticos quedamos muy lejos de una “cultura cristiana de excelencia”. Es algo muy distinto. Esta “*paideia*” como proceso de formación de un hijo tiene claras diferencias con la llamada “*paideia* pagana”:

- A. La “*paideia*” cristiana, como la transmitió Cristo, no es la formación que se da a un hijo sino la formación de un verdadero hijo en la persona del niño, del adulto, del formador, del apóstol, del mártir, y que ha tenido su inicio en el Bautismo. No son tantos los contenidos, los planes de estudios. Se trata del mismo modo en que son vividas estas realidades.
- B. Haciendo una cierta simplificación, mientras la *paideia* pagana estaba más orientada hacia el intelecto, la *paideia* cristiana se dirige a la voluntad, a los afectos y emociones fundamentales, formando en disposiciones filiales, no en convicciones dogmáticas.
- C. Por otra parte, mientras la “*paideia*” pagana buscaba hacer pasar lo más pronto posible del estado de “*páis*” (hijo, niño) al del así llamado “adulto”, a la emancipación del padre, para hacer del “*páis*” un adulto productivo y socialmente integrado, los cristianos buscaban que el

⁹ “Protréptico” IX, 1-2.

cristiano y el monje, formasen en lo más profundo de su ser la figura de un hijo que, se puede agregar, es más que un hijo: es un niño, un infante delante de Dios, como Cristo, tal como lo presentó la última doctora de la Iglesia, Teresa de Lisieux. Y todo ello porque Cristo mismo se identificó con los niños y vivió su misterio Pascual como la confirmación y la plenitud de su ser infante ante el Padre. Jaeger dice, en su curso ya citado, que Orígenes, al morir mártir, deja troncada su gran labor de la *paideia* cristiana de unir la cultura del viejo mundo greco-romano con el nuevo cristiano¹⁰. Los cristianos, en cambio, consideraban que Orígenes, con su martirio, señalaba el camino de la verdadera *paideia* cristiana al poner su vida en manos del Padre, “naciendo” en forma definitiva, a la plena vida de filiación con el Padre en el martirio.

- D. Este objetivo de formar al niño no significa un simple retorno a la figura del niño mundano, como sería el “*Emilio*” de Rousseau. Se trata de formar al niño según el Evangelio y, entre otras cosas, no significa darle la formación cristiana del adulto, la del adulto cristiano, sino enseñarle a vivir como el hijo que ha renacido en el Bautismo y que madurará como hijo a través de todas las vicisitudes de su vida.
- E. Esa figura ha sido formada en el Bautismo y, siguiendo la teología de la *Primera Carta de Pedro*, ese niño tiene como rasgo principal la vida sin “dolo”, sin “doblez”, como lo canta el famoso texto bautismal del segundo Domingo de Resurrección “*Quasimodo*”: “*Como niños recién nacidos, sin dolo, busquen la leche espiritual*” (1 P 2,2). Ser uno

¹⁰ *Op. cit.*, p. 69.

mismo, en total simplicidad ante el Padre. O, dicho de otro modo, ser como el Padre nos ve: como niños.

- F. Esa imagen de niño como objeto de la *“paideia”* benedictina envuelve tanto al joven como al enseñante. Nadie queda excluido de esta tarea evangélica dentro de la escuela benedictina. Sólo puede dar quien ha recibido. Para san Benito y toda la tradición monástica, el padre –el abad–, mientras forma a los hijos también él va aprendiendo a ser hijo.
- G. La *paideia* cristiana no es un objeto que se recibe y se posee. Es una relación que se aprende y se establece, para ser desarrollada en toda la vida. Ello se hace manifiesto en la escuela de la oración, de los Salmos, en la escucha, en la condición de los bienes, en la confianza (*pleroforía*) y la comunión de vida.

Sí, el que juega el rol de formador/padre se va formando también él como niño en Cristo. Eso nos lo muestra san Gregorio en la vida de san Benito, pero es más fuerte todavía en su contemporáneo Doroteo de Gaza. Sus escritos inician con la Vida del joven Dositeo, en quien vemos la realización del niño en Cristo. Luego vienen las 17 Conferencias de Doroteo y sus Cartas. Sin embargo, lo que nadie ve es que las Conferencias son el desarrollo de lo que Doroteo aprendió de Dositeo a lo largo de su vida, como infancia espiritual, y eso lo dice concretamente en su *Conferencia* primera¹¹. El maestro, Doroteo, aprendió del discípulo y alcanzó la santidad, porque él también estaba dispuesto a vivir la *paideia* de Dios. La santidad de

¹¹ Conferencia 1, 21.

Doroteo consiste en su docilidad al niño Dositeo¹². Saber aprender de Dositeo, de Mauro y de Plácido implica reconocer por la Fe, en primer lugar, una presencia privilegiada de Cristo en los niños. En segundo lugar, entrar en diálogo con ese Cristo y saber qué necesita, más allá de tener que estudiar las materias.

De modo sintético podemos decir que la *paideia* monástica es el mismo proceso que vivió Cristo, como Hijo del Padre eterno. Podemos ver los textos del AT que profetizan a Cristo y presentan su vida como un niño, por ejemplo, los famosos cánticos del Siervo Sufriente:

Creció como un niño pequeño (“páís”), como un retoño delante de Él (Yahvé) (Is 53,2 LXX).

Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas; él soportó la corrección (paideia) que nos trae la paz (Is 53,5 LXX).

El Salmo de la Pascua (117 [118],18) dice:

*Me corrigió, me corrigió el Señor (paidéuon epáideuse me Kyrios)
pero no me entregó a la muerte.*

Proverbios 3,11:

Hijo mío, no desprecies la corrección (paideuo) de un padre... porque corrige (paideuo) a quien ama y a quien recibe como hijo.

El proceso de filiación, en síntesis, significa el Misterio Pascual o, por decirlo de otro modo, el Misterio Pascual es un proceso de

¹² Se pueden leer todas las 17 Conferencias de Doroteo viendo cómo reflejan una disposición filial en todos los aspectos de la vida. Todo lo que dice Doroteo a los monjes es totalmente referible a los laicos.

engendramiento filial a través de una relación Padre-Hijo que recibe el nombre griego de *paideia* y el nombre latino de “corrección”. Así lo presenta el mismo apóstol Pablo cuando se refiere a la Resurrección en términos de gestación de un hijo (cfr. Hch 13,33; Sal 2,6): *Dios lo ha resucitado de entre los muertos, diciendo: Tú eres mi hijo, ¡yo te he engendrado hoy!*

Esta realidad de la *paideia* como una relación toca un tema crucial hoy en la formación: la multiplicación de tecnologías de comunicación llamadas virtuales. Podemos encararlo de este modo: existe un profundo deseo de estar en relación. Los nuevos medios de comunicación, más que obstaculizar las relaciones reales, han puesto de manifiesto que los hijos pueden estar en la casa sin tener ningún tipo de diálogo con sus padres o hermanos. Lo mismo en las escuelas: pueden estar juntos profesores y alumnos y la única relación es la de transmitirles contenidos y examinarlos para ver si los aprendieron bien. La *paideia* benedictina, como ya dijimos, está centrada en el deseo de escuchar lo que verdaderamente vive el otro y, por otra parte, tiene y busca una palabra que pueda verdaderamente tocar el corazón del otro. Este tipo de relación no está centrada en la cantidad de tiempo, sino en estar verdaderamente interesado por el otro y saber que los vínculos que generan la relación de la *paideia* son no sólo “útiles”, sino que nos constituyen en nuestro mismo ser de hijos, hermanos, padres. Hoy, más que nunca, el aumento de las relaciones virtuales genera una sensibilidad muy grande a las relaciones reales y directas, si estamos dispuestos a tenerlas. Y el camino es “la palabra”. La palabra directa es asumida principalmente por san Benito y redescubierta en estos últimos años de la Iglesia, principalmente por sus estudios bíblicos y litúrgicos. Es por la

Palabra que el Padre engendra y da vida a su Hijo y por eso no puede sorprender que sea tan difícil de pronunciar. No me refiero a las “muchas palabras” que san Benito aborrece (cfr. RB c. 6), sino a “la palabra” que verdaderamente expresa la verdad de lo que se es y se vive. Y esa palabra se conquista cada día y el formador sólo puede enseñarla si sabe vivirla y reconocerla. No es fácil, y por ello es fuente de vida, engendra hijos. La palabra es la relación primera, fundacional y vivificadora que forma al hijo y, al formarlo, constituye al padre. Quien sabe encontrar la palabra que corresponde en un momento de la relación engendra vida en el otro, lo hace hijo. Para san Benito es el clamor de los hijos lo que constituye al abad, al padre (RB c. 2,1-2), no sus títulos ni sus privilegios canónicos.

4. *Paideia* y corrección

Si tenemos que definir lo que sea la *paideia* en la RB debemos decir que es el proceso de corrección que vive el monje y cualquier bautizado de parte de Dios y que le permite descubrirlo como padre. La corrección ocupa un lugar muy especial en la RB. En la *Regla del Maestro* solo se encuentran tres capítulos referidos a la corrección. En la Regla de san Benito son 47 capítulos. ¿Por qué? Indudablemente se debe al influjo de la *Regla* de san Basilio y, de modo indirecto, de la *Carta a los Hebreos*. Y el texto principal dice:

«Ustedes se han olvidado de la exhortación que Dios les dirige como a hijos suyos: “Hijo mío, no desprecies la corrección (*paideia*) del Señor, y cuando te reprenda, no te desalientes. Porque el Señor corrige (*paidéuó*) al que ama; y castiga a todo aquel que recibe por hijo” (Pr 3,11-13,

LXX). Ustedes soportan para la filiación (*paideia*)¹³. Dios los trata como a hijos, y ¿qué hijo hay a quien su padre no corrige (*paideúō*)? Si Dios no los corrigiera, como lo hace con todos, ustedes serían bastardos y no hijos. Después de todo, nuestros padres carnales nos corregían, y los venerábamos. Con mayor razón, entonces, debemos someternos al Padre de nuestro espíritu, para poseer la Vida. Y aquellos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero Éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. Cierto que ninguna corrección (*paideia*) es, a su tiempo, agradable, sino penosa; pero luego produce fruto apacible de justicia a los ejercitados en ella» (Hb 12,5-11).

Como podemos ver, cada vez que la Biblia latina se encontró con la palabra y verbo griego "*paideia*" y "*paideuo*" tradujo por "*correptio*". Sin embargo, también la palabra "*correptio*" pronto perdió su valor cristiano, tomando un simple valor mundano. El valor de esta realidad se puede reconocer cuando sabemos que el último libro de san Agustín se llama "La Corrección y la gracia". Se puede sintetizar su contenido diciendo que la gracia nos transforma corrigiendo, pero corregir significa hacernos hijos. Por eso, el modo más simple de traducirlo sería "conversión", si por ello se entiende conversión a la figura de un hijo, y de ello nadie queda exento. Sin embargo, debemos ubicarnos: tanto para la "*paideia*" griega como para la "*correptio*" latina, Cristo y su relación con el Padre son la síntesis de este proceso. Pero es necesario hacer una aclaración: ¡la *Carta a los Hebreos* se está refiriendo a adultos que son corregidos! ¿Qué adulto soporta hoy una corrección que se hace a un niño? Como dicen los textos bíblicos arriba señalados, corregir y educar es

¹³ Las Biblias traducen: *Sufren para la corrección (paideia)*.

el proceso de formación del hijo de Dios, que es casi un niño, ante la figura de su Padre. Desde el punto de vista mundano, el niño puede ser corregido para comportarse como un adulto. Desde el punto de vista de la nueva *paideia* cristiana el niño es corregido para formar en él a un hijo y un hijo del Padre. La corrección, desde el punto de vista evangélico, genera la relación filial. No se corrige para que nunca más se equivoque. La corrección engendra al hijo en cuanto lo constituye en su persona haciéndolo responsable de sus acciones, reconociendo su autoría para obrar y, de este modo, adquiriendo libertad sobre sí mismo, dando a las cosas el nombre que poseen, y haciendo también reconocer quién le ha dicho la palabra que lo sacó del silencio. Por la corrección una generación engendra y da vida a la otra, regenerándose mutuamente: por la corrección el maestro engendra al hijo, por la aceptación de la corrección el hijo da vida filial al padre.

Veamos algunos textos de san Basilio sobre la corrección, que precedieron a la *Regla* de san Benito.

Cuestión 161 (Regla griega)

Pregunta: ¿Cómo podemos convertirnos y volvernos como niños (*paidiai*, infantes)?

Respuesta: ¹ La misma lección del Evangelio (Mt 18,2) nos enseña todo acerca de este tema; nos muestra que no debemos buscar la arrogancia ni la exaltación, sino reconocer la igualdad de naturaleza y seguir a los que parecen inferiores. ² Pues esto es propio de los niños: ser iguales a aquellos con quienes se juntan no por nobleza, sino por edad; hasta que por el transcurso del tiempo y la maldad de los consejeros, sean corrompidos por el veneno de la soberbia.

Cuestión 163 (Regla griega)

Pregunta: ¿De qué modo debemos recibir el Reino de Dios como niños?

Respuesta: ¹ Si actuamos respecto a la doctrina del Señor como un niño que está aprendiendo, ² que no contradice a sus maestros ni les resiste oponiéndoles razones y palabras; sino que recibe confiadamente lo que se le enseña, obedece con temor y da su consentimiento.

Pregunta 15 (Regla latina): ¿Desde qué edad debe permitirse que se entreguen a sí mismos; o a partir de cuándo se puede considerar que la profesión de virginidad es firme y estable?

Respuesta: El Señor dice: “Dejen que los niños (*paidía*) vengan a mí” (Mc 10,14), y el apóstol Pablo alaba al que desde la infancia había aprendido las sagradas letras, y también ordena que los hijos sean educados en la doctrina y en la corrección (*ad corrigendum-paideia*) del Señor (2 Tm 3,16); por tanto, consideremos que todo tiempo es oportuno, aun desde la primera edad, para aprender el temor y la enseñanza del Señor.

Pregunta 50 (Regla griega): ¿Cómo debe corregir (*paideuo*) y argüir el superior?

Respuesta: El superior no debe corregir con el ánimo turbado, pues contestar al hermano con ira e indignación no lo libera del pecado, sino que lo hace contumaz, como está dicho: “Con mansedumbre corrija (*paideuónta*) a los que se rebelan” (1 Tm 2,25).

Cuestión 24 (Regla latina)

Pregunta: ¿Qué disposición debe (tener) el que recibe la corrección?

Respuesta: La (disposición) de un hijo enfermo hacia el padre y médico solícito por su vida. Aun cuando éste ofrezca algo doloroso o amargo para curar al hijo, sepa ciertamente el hijo que ni el padre puede descuidar en algo la salud de su hijo, ni el médico puede equivocarse.

Cuestión 191 (Regla latina)

Pregunta: ¿Qué signos demuestran que alguien corrige al hermano pecador por afecto?

Respuesta: ¹ Primero, el principal de todos: si corrige con misericordia y experimenta en sí lo que dice el Apóstol: *Si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él.* Y aquello otro: *¿Quién se escandaliza sin que yo me consuma?* ² Luego, si se aflige y contrista del mismo modo respecto a todo pecado y frente a todos los que pecan, y se entristece y llora del mismo modo cuando alguien peca contra él o contra otro. ³ Y, si al corregir observa la regla que dio el Señor, es decir si lo hace a solas con él, o llama a uno, o a dos. ⁴ Y, sobre todo si observa lo que dice el Apóstol: *Con toda paciencia.*

Como se puede notar, para Basilio el Reino sólo se puede recibir como niños (*paidiai*), y el niño es objeto de la “paideia-corrección”. Para llegar a ser como niños es necesario interrogar, saber que se necesita de los otros, confiar en los otros.

Esta realidad de la paideia-corrección puede expresarse en modo positivo: enseñar al niño que puede equivocarse, tanto como niño como cuando sea adulto. Vivir con miedo a equivocarse es algo del adulto. El niño es libre para equivocarse, ni piensa en ello, es natural.

5. La “paideia” y el “alma eclesial” del cristiano

Y lo primero que tiene un niño, no aquello que adquiere, es la convicción de pertenecer a una comunión de personas que se llama familia. La vida de relación, en la Fe cristiana, no es un agregado ni una meta. Es la misma vida. El cristiano, en el Bautismo, “es vivificado ingresando en la comunión”, en la comunión de la Iglesia.

Ingresa en el vientre materno de la Iglesia y se configura con ella. Desde Orígenes (año 210, Alejandría) se dijo que en el bautizado se forma un alma eclesial (*anima ecclesiastica – vir ecclesiasticus*) que sabe reconocerse a sí mismo como miembro de una familia y que sabe reconocer esa familia, que es la Iglesia, en aquellos que lo rodean. El alma eclesial es el fruto del Bautismo: la persona que sabe que sus hermanos y compañeros forman parte de él mismo, como san Pablo veía las comunidades eclesiales paganas y Cristo presenta la Iglesia en la Vid y los sarmientos. La vida eclesial es un don a conservar y acrecentar, no a conquistar u obtener. Es parte del ser de cada uno, no un esfuerzo a realizar. Uno de los objetivos de san Benito al fundar la “escuela del servicio divino” es llevar a sus miembros a hacer experiencia de “iglesia”. Tanto en tiempos de san Benito como hoy día la Iglesia sufre la disolución en una entidad etérea, abstracta, universal, que abarca todo y no abarca nada y por eso no compromete a nadie. Y esa alma eclesial permite al niño ver en toda comunidad un reflejo de esa comunión que Cristo ha restablecido en su Cuerpo que es la Iglesia, y eso le da vida. Basta ver lo opuesto, el famoso “*bullying*” que puede sufrir un niño en la escuela y que puede llevarlo a la muerte, es la pérdida de su ser-eclesial.

En sentido positivo, basta ver los lazos de comunión que se forman entre los jóvenes en su período de formación escolar y cómo tienen una fuerza que los hace inseparables a lo largo de sus vidas y, también, pueden ser restablecidos en cualquier momento de la vida. Superan, incluso, a los lazos de comunión que corresponden al matrimonio, al orden laboral, ideológico, etc.

Durante el Concilio Vaticano II el cardenal De Lubac, con sus ricos estudios históricos sobre la Iglesia, pudo mostrar de

modo claro cómo los primeros cristianos siguieron fielmente la enseñanza apostólica al hablar de la Iglesia de Corinto, de la Iglesia de Laodicea, de la Iglesia de Esmirna, de la Iglesia de Éfeso. La Iglesia existe y nace cuando se celebra y vive la Eucaristía, como sacramento que nos constituye a los que participamos en un solo Cuerpo, el Cuerpo de Cristo en la caridad. La Iglesia es la Iglesia particular, que nace de la Eucaristía y se sostiene en la oración común, en la vida común, en el compartir. Allí está la Iglesia, donde dos o tres están reunidos en el nombre del Señor (cfr. Mt 18,21). Un monasterio, una parroquia, un colegio, es una iglesia particular y la Iglesia universal está formada por la unidad de esas iglesias particulares, no queda disuelta en un ente sin rostro ni figura.

Por otra parte, señala De Lubac¹⁴, esa Iglesia particular, cada monasterio, cada comunidad cristiana como una escuela, asumía la figura de “madre”. La Iglesia es, ante todo, “madre”. Y como tal realiza esa condición de madre en tres dimensiones y para todos sus miembros:

- a. Engendra hijos por el Bautismo.
- b. Forma y educa hijos por la acción del Espíritu Santo (Crisma)
- c. Enseña a los hijos a vivir en comunión, por la Eucaristía.
- d. Una última función de la madre: muestra al hijo la figura del Padre.

Y, como dice De Lubac, la gran diferencia con la maternidad natural es que la Iglesia, el monasterio, no engendra hijos

¹⁴ H. DE LUBAC, “Meditación sobre la Iglesia”, Madrid 1958, c. VII.

haciéndolos salir de su vientre, sino que la maternidad de la Iglesia da vida conservando siempre a sus hijos en su vientre por medio de la estabilidad y la comunión.

- a. Madre. Una comunidad, como Iglesia, sea monasterio, sea una escuela, está siempre engendrando a los hijos. Y, como sucede en el Bautismo, engendra muriendo y resucitando, como le decía el Apóstol Pablo a los Gálatas:

Queridos hijos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto hasta que Cristo sea formado en ustedes (Ga 4,19).

No hay filiación, no hay engendramiento, sin la figura de Cristo, hecha presente en el formador, que acepta vivir como san Pablo los dolores de parto, propios del engendramiento. Y, en ese mismo proceso el formador se configura con Cristo Padre, característica de la Regla de san Benito¹⁵.

- b. La Iglesia como Madre también es instrumento sacramental de la *paideia* del Espíritu Santo. Es la madre que forma. Sin embargo, lo que forma, es la figura de sus hijos tal como lo vemos en las Escrituras y en toda la historia de la salvación, tal como se dio en san Benito según el Papa Gregorio:

¹⁵ La figura de Cristo como “padre” ha sido muy discutida, pero corresponde a la transparencia sacramental de la imagen del Hijo en el Padre, principio fundamental de la teología trinitaria. Es curioso notar que el sacerdote de Parroquia es llamado Padre, porque hace de Cristo entre los suyos. Y nadie se preocupa de la aparente contradicción. Debería ser llamado “hermano” o Cristo, pero no Padre. Sin embargo, el “*sensum fidelium*” lo llama “Padre” desde hace muchos siglos.

“8. PEDRO: Lo que cuentas es admirable y totalmente asombroso. Pues el agua que manó de la piedra, recuerda a Moisés (cf. Nm 20,7 ss.), el hierro que volvió desde lo profundo del agua, a Eliseo (cf. 2 R 6,5 ss.), el caminar sobre las aguas, a Pedro (cf. Mt 14,28 s.), la obediencia del cuervo, a Elías (cf. 1 R 17, 4 ss.), y el llanto por la muerte del enemigo, a David (cf. 2 S 1,11 s.). Por lo que veo, este hombre estuvo lleno del espíritu de todos los justos.

9. GREGORIO: Pedro, el hombre del Señor, Benito tuvo el espíritu del Único que por la gracia de la redención cumplida llenó los corazones de todos los elegidos” (*Diálogos II,8*).

El Espíritu que forma a sus hijos en la Iglesia, no mueve por inspiraciones interiores sino llevando a sus hijos a vivir las mismas realidades que los personajes bíblicos, en los cuales se puede reconocer cómo obra y sigue obrando el Espíritu. Y, como se puede constatar, la diversidad es el elemento central de su modo de obrar, no sólo en los hechos bíblicos, sino también en la Iglesia hoy. Por eso la Iglesia como formadora nos enseña a saber descubrir con qué personaje bíblico nos identificamos más.

- c. Finalmente, la Iglesia es Madre que enseña a sus hijos a vivir en comunión de caridad, por la Eucaristía. Eso, en la tradición benedictina y como se da en la Regla, nos lleva a la comunidad de los *Hechos de los Apóstoles*, donde los discípulos se reconocían como un solo Cuerpo en Cristo:

“Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno. Y, perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos” (Hch 2,44-47).

La comunión Eucarística se genera compartiendo experiencias importantes en las que uno debe renunciar a algo para que el otro tenga algo: ayuda, bienes, limosna, trabajos solidarios... Sin estas realidades concretas, que son experiencias a las que se invita a los formandos, la consideración de la Iglesia seguirá siendo abstracta y de fantasía, sin correspondencia con el sentido de realidad concreta que tiene toda Iglesia particular, en la cual se participa de más cosas que de una simple espiritualidad.

d. Por otra parte, la Iglesia es la madre que muestra al hijo quién es el Padre. Saber que se vive con la figura de un Padre que nos conduce por medio de la *paideia* es lo que se prolongará toda la vida. Sin embargo, como sucede también en el monasterio y en la *Regla*, la figura del Padre se ve a través de las mediaciones humanas que pone a nuestro alrededor. Puede suceder lo que vivió Felipe cuando preguntó a Cristo por el Padre del Cielo y Cristo le respondió: *¿Hace tanto que estoy con ustedes y todavía no me conocen? Quien me ve a mí ve al Padre* (Jn 14,9). Queda claro que Cristo no llenaba todas las expectativas de los apóstoles, pero esa es la realidad de la Encarnación. Y, otra vez, son los formadores quienes deben saber que con su vida y acciones están haciendo presente, o no, al Padre que busca todo hijo, sin detenerlo en uno mismo, sino conduciéndolos siempre al único y verdadero Padre, pero padre que se ocupa de él.

Ahora bien, en la tradición benedictina, tal como se da en la Regla de san Benito, esta experiencia de filiación en la Iglesia como “madre” sólo se puede vivir por la humildad. La humildad, más que una virtud, es una vida de relación filial con una madre:

«Clama, hermanos, la divina Escritura diciéndonos: “Todo el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado” (Lc 14,11). Al decir esto nos muestra que toda exaltación es una forma de soberbia. El Profeta indica que se guarda de ella diciendo: “Señor, ni mi corazón fue ambicioso ni mis ojos altaneros; no anduve buscando grandezas ni maravillas superiores a mí”. Pero ¿qué sucederá? “Si no he tenido sentimientos humildes, y si mi alma se ha envanecido, Tú tratarás mi alma como a un niño que es apartado del pecho de su madre” (Sal 130,1-4)» (RB 7,1-3).

Sin embargo, el hijo, el niño, quiere mostrar su independencia, que era el objetivo de la *paideia* pagana. La revelación más grande de Cristo es que Él mismo vive totalmente del Padre y que él mismo quiso vivir la filiación humana, con su madre, María, quien lo siguió formando hasta la Cruz.

Finalmente, como insiste el Papa Francisco, cuando se vive esta experiencia de Iglesia el corazón se ensancha y abre hacia todos los horizontes donde se extiende la Iglesia y se vive a cada miembro sufriente de ella como propio, como hermano. El niño no excluye a nadie y está abierto siempre al que viene, especialmente si viene con espíritu de niño. El niño siempre vive “en salida” de sí mismo, como dice el Papa (*Evangelii gaudium* 20-24), pero debe verlo en el ejemplo de los mayores.

6. La *paideia* y la sacramentalidad de la Fe

Sin embargo, para poder vivir todo esto (espíritu de niño, vida eclesial, comunión con los compañeros, etc.) es necesario reconocer el gran principio de la vida cristiana que señalaba el Cardenal Newman

en el siglo XIX: la sacramentalidad. Por ella, para Newman, el monje benedictino podía vivir siempre como un niño. Tanto el formando como el formador, en la escuela benedictina, viven de este principio. En la “Misión de San Benito”, y tomando otra vez la niñez como edad en la que se pueden percibir más sencillamente las realidades de la Fe, decía Newman:

“Se nos enseña que seamos como los niños, y ¿en qué otro lugar habríamos de encontrar un ejemplo más contundente que el que esta Orden [benedictina] nos brinda de la unión de la sencillez y la reverencia, de esa clara percepción de lo invisible dentro del reconocimiento del misterio, que caracterizan los primeros años de la vida humana? Para el monje, el cielo estaba tras la puerta; él no se hacía planes ni tenía preocupaciones; los cuervos de su padre Benito estaban siempre a su lado. Él “se consagraba” en su juventud a su trabajo y a su tarea hasta el fin de su vida; y si vivía un día más, hacía una tarea diaria más; si vivía muchos días o pocos, de igual modo seguía trabajando hasta el final. No deseaba ver más allá de su jornada ni saber cuál sería su próximo paso. Araba y cosechaba, oraba, meditaba, estudiaba, escribía, enseñaba, y luego moría y se iba al cielo”.

Como lo señala Newman, la sacramentalidad no permite que se produzca la ruptura que denunciaba tan fuertemente el Cardenal de Lubac, por la cual habría dos mundos: el de las realidades de este mundo y el de las realidades de la Fe. Para la sacramentalidad, y para el niño en Cristo, en su papá está Dios, en su mamá y compañeros, la Iglesia que se ocupan de todo, en la naturaleza está la Providencia continua del Padre que se ocupa de todos, incluso de su gato y de su *notebook*. A los santos, los ven en cada imagen que se encuentra en su casa o en la Iglesia y con mucha más claridad que el monje adulto, ve lo que san Benito dice en el primer grado de humildad sobre los ángeles:

“Piense el hombre que Dios lo mira siempre desde el cielo, y que, en todo lugar, la mirada de la divinidad ve sus obras, y que a toda hora los ángeles se las anuncian” (RB 7,13).

Y por eso se porta bien, no por el imperativo categórico moral de Kant, sino porque están los ángeles mirando por todas partes... El Sermón de la Montaña (con el cual san Benito estructuró el Prólogo) es el ámbito natural del *“paidós”* de Dios. La sacramentalidad es la que permite, en cada circunstancia, ver la presencia inmediata de las realidades de la Fe, no como superpuestas a las normales de toda vida, sino en ellas mismas. Es en la escuela benedictina donde experimentan que el Reino de los Cielos está en medio de nosotros.

Señalaba también el Papa Gregorio sobre el niño Mauro:

«En uno de los monasterios que Benito había construido en los alrededores, había un monje que durante la oración no podía quedarse en su lugar, sino que en cuanto los hermanos se inclinaban para entregarse a la oración, él salía afuera, y con la mente distraída se entretenía en cosas terrenas e intrascendentes. Habiendo sido advertido reiteradas veces por su abad, fue llevado al hombre de Dios quien a su vez lo reprendió duramente por su necedad. De regreso al monasterio, apenas si se acordó durante dos días de la amonestación del hombre de Dios; al tercero volvió a su antigua costumbre, y otra vez empezó a dar vueltas durante el tiempo de la oración.

El asunto fue comunicado al servidor de Dios, por el Padre que él había constituido para esta casa. Benito dijo: “Yo iré y lo corregiré personalmente”. El hombre de Dios llegó al monasterio, y a la hora fijada, concluida la salmodia, los hermanos se aplicaron a la oración. Entonces observó que un diablito arrastraba hacia fuera por el borde del vestido, a aquel monje que no podía permanecer en la oración. Benito, al ver esto les dijo secretamente al Padre del monasterio, de nombre Pompeyano, y al servidor de Dios Mauro: “¿No ven quién es el que arrastra hacia afuera a este monje?”. A lo que ellos respondieron:

“No”. Les dijo: “Recemos, para que también ustedes vean a quién sigue este monje”. Después de haber orado durante dos días, el monje Mauro lo vio, pero Pompeyano, el Padre del monasterio, no pudo verlo» (*Diálogos* II,4.1-2).

Otra vez la infancia vence sobre la simple sabiduría de la edad del mismo abad del monasterio. Y, por la misma sacramentalidad, Mauro “ve” lo que el adulto simplemente “cree”.

Gracias a ello, también, como señalaba Romano Guardini, la mirada del niño puede simplificar la mirada interesada (no casta) del adulto. Por ejemplo, la liturgia que, como señalaba Guardini, se trata de un juego, un “juego divino”, pero un juego. Y muchas veces el “monje adulto” lo transforma en un rito cerrado sobre sí mismo, más atento a lo que de ello se puede sacar (gracia, salvación, justificación) a través de una “correcta participación”. Dice Guardini:

«Y en otro pasaje la Sabiduría Eterna habla y dice: “Yo estaba junto a Él, atento a ordenar todas las cosas, y era todo su placer día tras día, recreándome (*ludens*-jugando, cf. Pr 8,30) en su presencia a cada instante, recreándome sobre el globo terráqueo...”. ¡Ésta es la palabra decisiva! El Padre eterno se complace en que la Sabiduría, el Hijo, la Plenitud absoluta de toda verdad, despliegue ante Él en belleza inefable este contenido infinito sin “objetivo” alguno –¿a qué debería “apuntar”?–, y ésta es la vida de los seres más elevados, de los Ángeles; ellos, sin finalidad, según les impulsa el Espíritu, se mueven ante Dios en un sentido misterioso, son ante Él un juego y un canto vivos. Incluso en la esfera de las cosas terrenas, hay dos fenómenos que insinúan la misma tendencia: el juego del niño y la creación del artista. En el juego, el niño no se propone nada, no tiene ninguna finalidad. En el juego, el niño no aspira a nada, a nada más que a desarrollar sus fuerzas juveniles, a expandir su vida en forma desinteresada de movimientos, palabras y acciones, y así crecer, llegar a ser cada vez más perfectamente él mismo. Sin objetivo, pero llena de profundo significado es esta vida joven; y el

significado no es otro que éste: que se manifiesta sin impedimentos en pensamiento, palabra, movimiento, acción, se hace dueña de su ser, simplemente existe. Y como no pretende nada en particular, como se despliega tan espontáneamente y sin coacción, precisamente por eso su expresión es también armoniosa, su forma límpida y sugerente: su gesto se transforma en ritmo e imagen, en rima, melodía, canción. Esto es el juego: la expansión desinteresada de la vida, que se adueña de su propia plenitud, y que está llena de sentido incluso en su mera existencia, y es bella cuando se la deja a sí misma, cuando no se introducen en ella intenciones reflexivas con preceptos mal iluminados y pedagogía, haciéndola así antinatural»¹⁶.

El adulto, muchas veces, no suele encontrar tiempo para ir a Misa el Domingo y los niños sí quieren ir. El adulto tiene cosas útiles para hacer, que se anteponen a las cosas inútiles, para las que no encuentra tiempo. El niño siempre encuentra tiempo para jugar. El juego es gratuito, pero fundamental. Es el modo mismo de vivir del Hijo eterno ante la presencia de su Padre. Si la liturgia no lleva a esta mirada de niño, de ser creados para vivir jugando ante su padre, entonces pierde la transparencia de su verdadero ser, aunque se revista de formas solemnísimas, las que el adulto cree que son las que lo salvan.

Esa sacramentalidad es la que permite reconocer el cuidado paternal de Dios a través de los que se ocupan de él, la providencia del Padre en darle el pan de cada día, sin preocuparse por el mañana. Es él quien se ocupa y por eso puede descansar. Para el adulto todo recae sobre él, se siente solo y abandonado, sin nadie que lo acompañe en sus angustias cotidianas. Por eso, dentro del mundo

¹⁶ R. GUARDINI, *La liturgia como juego*, México 1968, 34.

de la “*paideia*” lo que más fuerza recibe es la paternidad. Ella pasa a ser la figura central, realizando el rol sacramental de Cristo “padre”, quien es el que verdaderamente carga sobre sí con toda la historia de la salvación, con toda la obra de la *paideia*. Uno de los textos más importantes para ubicarse en este sentido sacramental de la paternidad es la Introducción de la *Vida de Dositeo*, que dice así:

4. Como el abad (Séridos) había deputado al bienaventurado Doroteo para que hablara con él, lo examinó cuidadosamente. El joven no decía más que: “Quiero salvarme”. Volvió, pues, y dijo al abad. “Si quieres recibirlo, no temas. No hay nada malo en él”. El abad le dijo: “Hazme la caridad de tomarlo contigo, para que se salve, porque no quiero que esté junto con los hermanos”. Doroteo se excusó largamente y dijo: “Recibir esta carga supera mi condición: no es a mi medida”. El abad replicó: “Yo llevo tu carga y la de él, no te aflijas”. Entonces dijo Doroteo: “Puesto que lo quieres tanto, consulta al Anciano”. Y le respondió: “Está bien, le hablaré”. Fue a decirlo al Gran Anciano y éste manifestó la revelación siguiente acerca de Doroteo: “Acéptalo, por ti lo salvará el Señor”. Lo recibió entonces con alegría y lo tuvo consigo en la enfermería. Su nombre era Dositeo.

Es claro que el peso de esta dimensión de la *paideia* recae sobre los formadores. Si el formador no tiene esta mirada sacramental, el peso de su tarea resultará insoportable cuando no frustrante. Y eso es lo que el formando percibirá y recibirá como mensaje: en la vida estamos solos y cada uno debe luchar como si fuese abandonado del Padre. Sin embargo, esto no es un saber teórico, es una realidad de Fe que se posee y se vive o no. Si los formadores deben esforzarse por una formación permanente es más para revisar sus propias vidas y su actitud de Fe ante todo lo que viven y su disposición a salir al encuentro de los niños. Los dos capítulos sobre el abad de la RB (caps. 2 y 64) deberían ser,

como gusta decir a los monjes, el “espejo de sus vidas”, donde se ven reflejados y donde en vez de ver su imagen sola, la ven rodeada de hijos con quienes marchan juntos, hacia la vida eterna¹⁷.

La sacramentalidad también significa que el formador, como padre, carga sobre sí las vidas de los hijos. Por eso, para el formador, más allá de su rol instrumental, es cierto que su tarea no se reduce a “las actividades educativas” o al horario de clase. Lo mismo sucede, en otra dimensión, cuando se dice que el sacerdote “escucha confesiones”. Lo que Cristo hace es cargar con nuestra vida y engendrnarnos como hijos de su Padre, no “escuchar” nuestros pecados. Este texto nos pone en el corazón mismo de la *“paideia”* monástica como paternidad. “Hacer las veces de Cristo” significa poner nuestra vida en lugar de Él. Pero quien lleva la carga y realiza la obra es Él. Esta es la primera enseñanza de la *paideia*, tanto para el formando como para el formador. Si no se da esta clara luz sacramental, se corre el riesgo de lo que el Papa Francisco llama la “autoreferencialidad”: creer que somos nosotros los que realizamos la Obra de Dios. Y, como ya dijimos, el que hace las veces de formador debe ser el primero en vivir la *paideia*. ¡Y eso no es poco! Y, como dice el texto de Doroteo, el formador, como padre, carga sobre sí la vida de los formandos. ¡Debe pensarlo bien! Por eso es un verdadero espejo de la paternidad de Dios.

Esto significa que el formador, como persona que vive la *paideia*, debe tener la “cardiognosis” de lo que están viviendo sus hijos, es

¹⁷ Dentro de la esfera de lo benedictino, otro texto sería la poco conocida “Regla Pastoral” del Papa san Gregorio Magno, quien en gran parte configuró su vida pastoral de Papa con lo que aprendió de san Benito.

decir, conocer lo que pasa en el corazón de un niño de 9 y de un joven de 17 a partir de lo que él mismo vivió y vive. Ello puede significar saber leer más por las conductas que por lo que se dice. Tal vez la primera situación del “*páís*” es no saber lo que le pasa. Y un formador en la *paideia*, que la vive también él mismo, tiene que saber lo que está sucediendo dentro del otro y poder, al menos, dar el consuelo de la compañía de Dios. Estar con el que se siente solo es lo primero que el Señor obra con cada uno de nosotros. La presencia y compañía son la primera instancia sacramental de Dios en medio a los suyos.

7. La “*paideia*” y la “*curiositas*”

Siglos después de san Benito, cuando nazca la universidad a partir del siglo X y especialmente el XII, donde los estudios asumirán cada vez más fuertemente un carácter abstracto y parcializado, ajenos al proceso mismo de maduración de la persona –cosa que no sucedía cuando la enseñanza se realizaba en los monasterios–, san Bernardo dirá que el gran enemigo del monje que quiere estudiar en la universidad es la “*curiositas*”, es decir, esa capacidad casi infinita de interesarse en cosas fuera de sí, sin poder conocerse a sí mismo ni a Dios y buscar solamente una relación dialéctica con el enseñante. La “*curiositas*” como el “*ver*” son las dos bases antropológicas sobre las que se construyen los “*media*” y las nuevas tecnologías de la comunicación. Todos queremos ver y saber hasta el infinito. Y, por eso, es muy difícil la moderación, más todavía cuando las imágenes y las noticias entran por todas las ventanas, de los ojos, los oídos, la memoria.

San Bernardo trata de la “curiositas” al comentar el capítulo 7 de la RB y la identifica con el orgullo. El orgullo y la soberbia no son otra cosa que la incapacidad de volver sobre sí mismo. Sin embargo, lo interesante es cuando señala el por qué de no poder volver sobre nosotros mismos. Y eso lo dice en su gran comentario al *Cantar de los Cantares*: no estamos habituados a entrar en contacto con la belleza de nuestro mundo interior y la presencia del Señor, por eso necesitamos salir fuera de nosotros para distraernos. Tal vez el problema esté en cómo se transmite hoy la *paideia* monástica, iniciada en el siglo IV. La persona, el niño, es portadora de ocho vicios capitales, a los cuales se suman todo tipo de pulsiones interiores nocivas, como complejos y heridas. ¡La misma *Regla* de san Benito es leída como un antídoto a todos los vicios del monje, particularmente su voluntad propia, es decir, todo! Todo es malo y nocivo en nuestro interior. Hay un gran miedo para entrar en él y lo mejor es salir. Cuando san Benito describe al monje que nació en Cristo por el Bautismo, que será renovado cada año en la Vigilia Pascual, en su capítulo 49, lo describe como un ser que vive “del gozo del Espíritu Santo”, con una voluntad propia generosa, capaz de entregar no sólo cosas, sino también a sí mismo para consagrarse a Dios y, finalmente, lleno de deseos espirituales. Este es el retrato del bautizado que conoce san Benito. Si hay que luchar contra “vicios y pecados” es porque tratan de tapar lo bueno de la persona, es decir, aquello que le es natural. Los vicios y pecados son antinaturales, la santidad es connatural al bautizado y todo el armamento del combate espiritual tiene por objeto despojar de los falsos añadidos, que no son lo que verdaderamente somos. Sin embargo, otra vez, conocemos nuestros talentos y aquello que es nuestro don

propio, lo que nos hace ser un miembro del Cuerpo de Cristo y no otro. ¿Se puede ayudar al otro a descubrir su propio ser y mirar el espejo de su interior, donde se espeja el rostro de Cristo?

El saber sobre nosotros mismos, tal como es concebido hoy, no sólo es externo a la persona, sino también, abstracto. Las personas no sabemos cómo conocernos y, cuántos más ideales de vida tenemos, más complejo se hace todo. J. Leclercq, comentando las cartas de san Bernardo, decía que en una carta del mes de agosto del 1110 escribe al abad de Cluny, Pedro el Venerable, diciendo que Cluny es una vergüenza y la ruina de la Iglesia, etc. etc. Un mes después escribe otra carta diciendo que Cluny era el modelo y el faro de la Iglesia en el siglo XII... ¿Qué pasó?, se pregunta Leclercq. ¿Bernardo era inestable o desequilibrado? No, dice Leclercq. Eran personas “primitivas”. La persona primitiva siente y experimenta una sola cosa a la vez, la procesa y la supera, como el niño. Nosotros, dice Leclercq, no somos primitivos, sino complejos. Adultos complejos. Cuando nos viene un sentimiento como esos, lo primero que nace es la ira: debo denunciar, debo decirlo, ¡hacerlo público! Pero enseguida viene: ¡pero yo soy cristiano, no debo dejarme llevar por la ira...! Y luego viene otra voz: ¡pero si no lo digo es un mal para la Iglesia! Y luego otra voz que dice... y así, no terminamos nunca. No somos seres primitivos, sino complejos. Somos adultos y, en vez de sentir lo que sentimos, tenemos grandes intenciones de ser como “deberíamos ser” como cristianos y de este modo, dice Bernardo, sólo nos conocemos como querriamos ser, pero no como somos en verdad. Creemos ser lo que soñamos ser y no lo que verdaderamente somos. Ellos, hombres primitivos, como niños, experimentaban una cosa, la reconocían, la decían, aceptaban

la respuesta, la corrección, y así resolvían y superaban las crisis. El niño no oculta ni se oculta como el adulto.

San Bernardo, comentando el capítulo sobre la humildad de san Benito, está tratando de sintetizar su *paideia* y ayudar a sus monjes que, al parecer, se sentían perdidos. Y lo que les dice san Bernardo es que, para san Benito en su Escala de la Humildad, lo más importante no es ser instruidos en lo que debemos ser, sino llegar a conocernos como somos, como niños, transparentes y bellos. Todos pensamos, al leer las Escrituras, al leer la *Regla* o cualquier texto sobre la Fe, que lo más importante es llegar a saber qué debo hacer o “qué debo ser”, ¡cómo cambiar! San Bernardo dice que eso no es lo que espera san Benito. La *paideia* benedictina es, ante todo, llegar a conocernos como verdaderamente somos, como Dios y Cristo nos conocen: como un miembro especial del Cuerpo de Cristo que ningún otro puede reemplazar. Y así se realiza misteriosamente lo que pedía san Agustín: *Que te conozca a Ti, que me conozca a mí. Esta es mi oración*¹⁸. De este modo la *paideia* benedictina abre las puertas al conocimiento más rico sobre Dios a través de un camino que no es el que las universidades proponían.

8. Conclusión

Como conclusión de esta presentación hacemos una síntesis, señalada por puntos.

¹⁸ *Soliloquios* II,1.

- a. La formación benedictina se da, ante todo, con un modo de vivir. No se trata tanto de la transmisión de contenidos (muchas veces impuestos por planes de estudio) cuanto de un modo de vivir. Lo que una generación da a la otra es la vida. El Papa Francisco insiste en que lo que falta no son libros, estudios, conceptos, sino vidas conforme al evangelio.
- b. La formación benedictina es concreta y se manifiesta en “ejemplos” concretos del evangelio y de la *Regla*. Un niño que ve al profesor servir la mesa de los alumnos, como Cristo, o que es llamado por los superiores no para retarlo sino para preguntarle cómo ve el desarrollo de las clases, o los deportes, o las recreaciones, etc., ¡no lo olvidará jamás! Y se dará cuenta de lo que vale. Y el profesor que lo hace se dará cuenta de que también él es sujeto de la formación.
- c. La nueva *paideia* benedictina (y evangélica) consiste en ayudar a desarrollar la figura de un hijo, un niño en la Fe, tal como dice la etimología de la palabra. El niño es la figura con la cual Cristo se ha identificado y tanto san Benito como san Gregorio los presentan como verdaderos modelos para la vida de la comunidad. El niño deja de ser un sujeto pasivo de la formación para ser el verdadero paradigma y modelo de vida, tanto por sus conductas como por lo que puede decir.
- d. La niñez en Cristo es, por un lado, una realidad presente; por otro, un dinamismo a desarrollar, principalmente en los formadores. Descubrir su significado es algo tan rico como comprender los Evangelios y la verdadera figura de Cristo. Esto exige un proceso de reflexión continua, que no necesariamente es estudio, sino reflexión sincera sobre cómo se está viviendo la vida filial.

- e. Es el niño, paradójicamente, quien forma en la *paideia*. El primer formando, en la *paideia* benedictina, es el formador mismo. El esquema educativo: “formador que sabe todo y niño que no sabe nada” ha llevado a un mundo de abusos que no sólo producen escándalos, sino también hacen perder el horizonte de la *paideia*.
- f. La filiación es una relación que se consolida con la palabra oportuna, la corrección adecuada, el perdón, el servicio al otro.
- g. Por otra parte, esto sólo puede ser posible cuando se recupera el sentido sacramental de las realidades de esta vida. La sacramentalidad es una realidad connatural al niño y, en la tradición benedictina, ella es una capacidad de ver, de realizar milagros, como los que muestran los niños Mauro y Plácido. Y, en esto también, los maestros debemos aprender de ellos.
- h. Esa misma sacramentalidad permite descubrir en la escuela benedictina la Iglesia concreta, que es una madre que enseña a vivir la comunión eucarística, que es reconocer que el otro es parte mía, que somos miembros los unos de los otros y no simplemente agrupaciones accidentales. Y esta es una de las riquezas del niño, que sabe incorporar al otro como propio, al punto de no olvidar nunca a aquellos con los cuales compartió sus primeros años de vida. Y ello será su modelo para su vida matrimonial, familiar, laboral y de misionero de la verdadera vida del niño en Cristo.

*Collegio St. Anselmo
Piazza dei Cavalieri di Malta, 5,
00153 Roma, Italia*